

# BOLETIN DOMINICAL

CONSAGRADO A PROPAGAR LA SANTIFICACION DE LOS DIAS FESTIVOS.

DIRECTOR

D. ZACARÍAS METOLA, CANÓNIGO LECTORAL.

Y acabó Dios su obra; y reposó el día sétimo.  
Y bendijo el dia sétimo, y santificólo.  
Gen. Cap. II. v. 2 y 3.

Santificar las fiestas.

(Tercer mandamiento de la ley de Dios.

## De los tres males de la riqueza.

El profeta de las lamentaciones, clamaba un dia, diciendo: ¡Oh tierra, tierra, escucha la voz del Señor! *Terra, terra, terra audi vocem Domini.* (1) Tres veces nombra la tierra, para designar á los hombres codiciosos que consagran su corazon, su talento y actividad á la posesion y acrecentamiento de los bienes terrenos. Hombres terrenos, duros de corazon, metalizados y caidos de las alturas del espiritualismo cristiano, no perciben las armonías celestiales, no conocen las cosas del espiritu, no tienen el gusto de las delicias que saborean los amadores de la virtud, ni tienen formado el oido para escuchar la voz de Dios, que suena en todos los corazones, ora

suave y dulcísima como delicada y penetrante melodía, ora como huracan imponente que troncha los cédros de la soberbia y conmueve las almas desiertas, llenas de todo género de pecados, y cerradas á la fecunda actividad de las gracias divinas.

Tres veces apostrofa a la tierra, es decir, á los hombres terrenos para ofrezcer á su consideracion los tres males gravísimos que atraen sobre sus cabezas, buscando con tanto afan, y amando con tanto ardor las riquezas, buenas de suyo, pero convertidas por lamentables abusos en instrumentos eficacísimos de ruina y perdicion. Por eso y á causa de esta deplorable ceguera en que viven la mayoría de los hombres, cuéntase en el Apocalipsis (1) que un

1 Hier., XXII.

1 Cap. VIII.

Angel con voz como águila voladora clamada, diciendo: ¡Ay, ay, ay de los moradores de la tierra! *Veh, veh, veh habitantibus in terra.* Convienen los sagrados espositores en que esas palabras anuncian terribles maldiciones, lanzadas por la justicia divina sobre la cabeza de los hombres terrenos, ocupados en atesorar riquezas y en agotar la copa de los carnales placeres como si su destino fuese el de las bestias y su fin la nada. Mas en el caso presente las palabras del ángel, sus tristes clamores denuncian los tres gravísimos tormentos con que las riquezas afligen á sus amadores, a saber, *el trabajo, el temor y el dolor.* Discurramos un momento sobre el primer punto, y desde luego averiguaremos que las riquezas afligen á los hombres codiciosos con tres géneros de trabajo, *mental, corporal y espiritual.*

Buscan la paz del corazón, y la dicha en la posesión de las riquezas, y jamás encuentran lo que han menester para contentar sus anhelos de verdadera felicidad. El avaro, dice el Eclesiástico, jamás se harta de dinero. *Avarus non implebitur pecunia* (1). Horacio ha dicho que el avaro

siempre está en la indigencia. «*Semper avarus eget* (1). El amor de las riquezas, dice San Gerónimo (2), es insaciable. Un antiguo escritor (3) ha dicho de las riquezas que no tienen virtud para extinguir la sed de los avaros. Boecio compara el corazón del avaro á los cráteres de las montañas por donde estalla en incendios el fuego central, y precipita torrentes de ardiente lava hasta el fondo de los entumecidos valles. *Scvior ignibus Æthiæ fervens amor ardet habendi* (4). S. Ambrosio asegura que la codicia no reconoce tasa, medida ni fin. Los mismos paganos sin otra lumbre que la de su razón, conocieron la vanidad de las riquezas, y los tormentos de la avaricia mejor que muchos cristianos, rebeldes á la luz de la Revelación divina, y enfracasados en los bienes terrenos como si no hubiesen tocado sus almas el agua del Bautismo, ó hubiesen nacido en las tristes y desoladoras regiones del error y de la barbarie. Es interesante lo que escribe Séneca á Lucilo sobre la vanidad de las riquezas y la miseria de sus amadores.

1 In epistolis.

2 Ad Demetriadem virginem.

3 Gualterius in Alexandriade.

(4) Lib. 2 de Consolatione.

«¿Visteis, dice á su amigo, cómo el perro abriendo la boca, arrebatada en el aire, los pedazos de pan ó de carne que le arroja su amo? «Los devora íntegros, y espera otros nuevos con insaciable voracidad. Así nos acontece á nosotros. Por más que la fortuna nos sonría en todo, y se nos muestre pródiga de sus dones, jamás se sacia nuestra codicia.» Que ella te regale cuanto poseen los más ricos de la tierra, que te vista de púrpura y oro, y haga de tu morada palacio magnífico, y de tu vida perpetuo paraíso y deliciosa primavera.» No hallarás en todo esto satisfacción cumplida porque nuestros deseos son infinitos.» *Naturalia enim desideria infinita sunt.* No hay paz en el corazón del avaro. Las riquezas tienen para él pocas flores y muchas espinas. El más sabio y opulento de los mortales, después de haber poseído inmensos tesoros y agotado la copa de todos los placeres, exclama entristecido: *Todo es vanidad de vanidades y aflicción de espíritu.*

No es así como piensa el mundo moderno. Su concepto de la riqueza está muy lejos de parecerse siquiera á lo que enseña la fé y atestigua la razón ilustrada por la experiencia. Y consiste en que el mundo moderno, atibor-

rado de racionalismo y sensualismo, perdiendo la fé, ha perdido el recto uso de la razón y nada aprende de la experiencia. Impotente como el hombre animal para percibir las cosas celestiales y eternas, se lanza con todas sus potencias en pos de las cosas terrenas que forman ante sus ojos un espejismo engañoso fuera del cual nada ve que sea digno de sus deseos y pensamientos. Tener para gozar, hé aquí la suprema aspiración de nuestros hombres. Y cuanto más tienen, más desean y cuanto más gozan, más desgraciados se sienten, porque se enredan en intrincados negocios y se pierden en afanes interminables, que son fecundísimos manantiales de amarguras y pecados, hasta que la muerte con su rostro sañudo, con sus ojos de ira, con su voz imponente se presenta de improviso para decirles: Ciegos é insensatos mortales, ha llegado mi hora. Hay que partir para la eternidad, y partir con las manos vacías. Y los que pretendían vivir aquí eternamente, descienden como el rayo á los infernos. *Vidi Satanam tanquam fulgur de celo cadentem.*

Z. M.

### La conversión de un impío.

¡Señor, ten misericordia del impío miserable y oye su ruego!

¡Señor, el impío no te conocía; ¡Señor, el impío te ha negado siempre; el impío ha hollado con su inmunda planta el augusto santuario de la iglesia y escandalizado la sencillez y buena fé de los que te aman!

¡Señor, el impío, en su soberano orgullo, ha sustituido tú santo nombre por esas huecas palabras de *Destino*, *Naturalidad*, *Materia*!...

¡Señor, el impío ha atribuido las causas de cuanto existe á su propia voluntad sin tener en cuenta que ni él mismo se ha creado ni las cosas pueden crearse!

¡Señor, el impío ha tenido caricias para el viento, afectos para el sol, estima á las estrellas, respeto á todo lo sensible: solo á tí no te ha conocido ni adorado.

¡Sí; el impío ha querido derrocar los cimientos de la sociedad, cuando él es el que verdaderamente debe quedar arruinado.

El impío, á quien animaste con un soplo de tu sér para que te conociese y amase, se ha rebelado contra tí.

El impío á quien diste las potencias del alma y los sentidos corporales, ha hecho muy mal uso de estas facultades.

El impío ha proclamado e invocado con soberbia á la ciencia, estando solo en tí la verdadera sabiduría.

El impío ha erigido un altar á la diosa razón y dado un puntapié al juicio.

El impío ha tenido imaginación para crear fantasmas, forjarse quimeras, so-

ñar delirios y no ha sabido encaminar su génio hasta tí.

El impío ha codiciado honores, riquezas, títulos, homenajes, vanaglorias y deleites.

El impío, ¡ay!, ha abusado de todo.

Pero, ¡ah, Señor! Hoy, flaco el cuerpo, desfallecido el espíritu, nublada la frente, hundidos los ojos, negra la conciencia y extraviada la razón: hoy que el impío se arrastra como un espectro por las calles, hoy que de todo fatigado siente el hastío de los vanos goces pasados; hoy, Señor, el impío, el infeliz impío, siente el peso de tu divina justicia y piensa en tí.

¡Señor!, el impío te ama; ¡Señor!, el impío proclama tu santo nombre; ¡Señor!, el impío se acoge á tu infinita misericordia, y desea morir!...

¡Señor!, el impío reconoce tu poder; y considerando lo efímero de su existencia teme tu cólera, y la teme por sus vanidades y necio orgullo de ayer.

¡Señor!, tú solo eres grande y por tí todas las cosas han sido hechas.

Tú has creado el universo y puedes aniquilarlo.

Tú has puesto en movimiento los astros.

Tú mandas á los mares, guías las nubes, diriges los vientos, dispones la lluvia.

Por tí abren su cáliz las flores que el rocío embellece, el sol tinta y el huracán arrebatada cuando place á tu misterioso poder.

Por tí el don de la palabra nos pone en comunicacion con nuestros semejantes y distinguimos los objetos, y expre-

semos las ideas, y tenemos sentimientos; y los sentimientos nos vienen del espíritu de tu sér.

Por tí los míseros mortales se inspiran en las buenas obras, aman el trabajo y tienen fé.

Por tí todo se eléva, todo crece, todo se hace santo.

¡Señor!, la humanidad es un libro de infinitas páginas y el universo un gran volúmen; pero tú lo sabes todo.

Tú has dado genios á la naturaleza en los cuales has derramado unos leves átomos de ciencia, para que al investigar tus secretos mejor te glorifiquen los vivientes.

Yo miro esos hijos predilectos como obra tuya.

El que inventa el vapor, descubre la electricidad, construye la imprenta, forma los números, pinta la naturaleza compone la música, estudia los astros, gobierna los pueblos y canta tus grandezas; no es otra cosa que el artista á quien tú escoges para la prosecucion de este mundo, que no tendria objeto alguno sin la actividad.

¡Señor! ¡Señor! Yo me acojo á tí que eres padre comun de todos los hombres.

¡Señor!, he sido impío cuando podia haber sido útil á mis semejantes y gozar en tí; hoy tengo frío, frío en el alma; un frío de muerte temeroso de bajar á los infiernos!

¡Señor!, oye al impío y perdónale por la sangre de tú hijo vertida en el calvario.

¡Señor!, yo no quiero que me recibas como al hijo pródigo; quiero solo que me des aliento para expiar mis extravíos, y

cuando plazca á tu soberana voluntad, dispon del último de tus siervos.

Lamberto Olivert.

Cullera Noviembre 1886.

## DOBLE CONQUISTA.

### DIÁLOGO EDIFICANTE.

Un misionero decia: No entrará en el reino de los cielos la mujer que no lleve alguno de la mano.

(Paillettes d'or).

I.

¡Luisillo! ¿No me engañan los ojos? ¡Venga un abrazo, bribon!

—Adios, Toñete de mis entretelas, matasanos inolvidable, que me desuellas. ¡No tan fuerte!

—Yo no sé abrazar mas que á la española, sistema de percusion. ¡Ingrato! ¿Qué es de tí, Luisillo? ¿Has sentado la cabeza? ¡Como has engordado!

—¡Vamos, que tú tampoco estás de mal año, y te encuentro hasta guapo, ¡inclusive! Decididamente, chico, aquella D.<sup>a</sup> Estefania, más que ama de huéspedes, era nuestro *Saca-mantecas*, mientras estudiamos en Madrid.

—Pero ¡rayos y centellas! como decias tú cuando ambos corriamos la tuna y leíamos novelas, ¿qué vienes tú á buscar por las iglesias? ¡Ah, tronera, calaberon! ¡En cualquiera rincon hubiera yo buscado á Luisillo Benavides menos al pié de los altares!

—¡Miren quien habla! El inventor del Darwinismo perfeccionado, que defendia que el hombre no procedia, como ase-

guraba locamente Darwin de un mono, sino de una mona.

—Tesis que tú, implacable sostenedor de paradojas, sostenías á tu modo, diciendo que, puesto que á todo mortal le parece su madre hermosa, y una mujer hermosa no puede menos de ser *mona*, todos infaliblemente procedíamos de una idem.

—¿Te acuerdas, Antonio, de aquel día que tú, el Doctor Chufas, como te llamábamos á causa de tu pachorra y frialdad constitutivas, le arrojaste en el café de la Luna una botella á aquel quidam que osó atentar con palabras al honor de una amazona ó *écueyére* del Circo de Price á quien tú quijotescomente defendías?

—Calla, descocado, mas bajo, que te oye la gente.

—Por cierto que ella tiene abierto ahora en la era del Mico un establecimiento bastante acreditado de callos y caracoles.

—¡Caracoles! ¿Y tú recuerdas cuando para vengarte del profesor de Economía que te dió calabazas, te mandaste hacer en cinco sombrererías de Madrid otros tantos sombreros de copa alta, dando el nombre y señas del catedrático, y luego se encontró mi buen hombre, que le llevaban cinco chisteras en un solo día, y cinco veces cinco duros que pagar?

—Me acuerdo que se llamó Andana cuando se presentó el primer porta-sombreros; que disputó acaloradamente con el segundo; que echó por las escaleras al tercero, y que quiso matar á los otros dos.

—Pero le armaron la gran camorra los cinco industriales, y tuvo que soltar la mosca.....

—Con mengua de la economía que profesaba.....

—A todo esto, Luis, no me dices lo lo que rabio por saber; quién ha sido el San Juan Crisóstomo que te ha atado corto, y á quien debo agradecer el hecho asombroso de hallarte en el templo despues de tantos años de *perdido*, (¡Y Dios sabe si to fuiste toda la vida!) Porque te certifico, que hace un instante, cuando ví acercarse á comulgar á un caballero que edificaba por su compostna y te reconocí, tuve que tocarme los ojos para cerciorarme de que me hallaba despierto.

—Chico, es una preciosa novela, que podria titularse *Lo que puede una mujer*.

—Toma, pues justamente es el mismo título que le queria yo dar á mi historia.

—Ea, pues, ya me picas la curiosidad, y no cuento la mia hasta que me reveles tu interesante folletin.

—Sea. Ya conoces, Luis, aquella sentencia del autor favorito de nuestros malos tiempos, segun la cual, las mujeres, son como las viruelas.....

—¡Magnifico! Lo recuerdo perfectamente. Porque hay que tomar una para librarse de las demás.

—Precisamente: por fortuna mia vine á conocer una beldad que.....

—¡Adelante! ¡Me lo figuro! ¡Un portento!

—Mas, mucho mas. Era un serafin. Yo, como no ignoras, habia perdido la fé estudiando medicina, y bastante parte fueron nuestros profesores, y entre ellos alguno de quien un compañero bastante reaccionario decia que, al explicarnos Toxicología, nos *intoxicaba* el alma. Pero

sin tener el fanatismo de sectario, y reverente en el fondo con la religión de mis padres, venía á ser un excéptico inofensivo, un hijo pródigo de la Iglesia.

—Te veo venir, ¿Pero cuándo llega ese portento de belleza metido á predicador?

## II

—Me casé, y ella, sin hablarme una sola palabra de Dios ni de religión, me cambió.....

—¿Con qué sin hablar? De esa misma tela tengo yo un gaban.

—Era tal el contraste que formábamos, ella tan piadosa y yo tan hereje, ella mansa y alegre, yo impaciente y bilioso, que no á mí, sino á un hotentote hubiera convertido. Su silencio me imponía, su bondad me avergonzaba, su buen ejemplo me daba en rostro. A veces se me escapaba una blasfemia: ella luchaba por contener una lágrima, y al momento componía el semblante y reaparecía indulgente, solícita, cariñosa, sin proferir jamás una queja.

—En fin, un ángel....

—Un ángel á la verdad. La curiosidad me llevó á indagar de dónde sacaba tan heroica paciencia, y tan jovial sumisión para cumplir sus deberes de esposa, y humor tan igual en todas las contrariedades de la vida. Y como noté que cada vez que venía de comulgar traía como un nuevo aroma de suavidad y de inefable alegría, empecé á sospechar dónde debía hallarse el manantial de tanto bien.

—Veo que es una historia mas bonita todavía que la *Cruz del Matrimonio* de Eguilaz.

—Y sobre todo, mas verdadera y mas moral. Tú, que me conoces, adivinarás que entre las extravagancias de marido independiente, autónomo y libre-pensador, nunca di en la ridiculez de oprimir la libertad de aquella santa en sus ejercicios de piedad.

—¡Ese es género melodramático, brutal y por contera cursil!.....

—Completamente. Mi mujer, que me agradecía en el fondo esta deferencia á su libertad, me pedía, no obstante, permiso para todo. Un día me preguntó, si tendria inconveniente en que pusiese pegado á la puerta de la escalera un papel impreso con el nombre de Jesús y el lema *Detente enemigo, etc.* Ninguno, le dije, que en todo caso, mi política anticatólica, como decía M. Gambetta al Arzobispo de Argelia, no está destinada á la exportación.

—Eso es lo que se llama ser un *bon prince*.

—Pues para abreviar, llevado un poco de mi curiosidad, me presté tambien á acompañarla algunas veces á la iglesia, cuando á confesar y comulgar iba. Si he de decirte la verdad, el aburrimiento que al principio pasaba sentado en un banco, mientras ella hacia sus devociones, lo encontraba luego por demás compensado con los tesoros de mansedumbre y de complacencia que echaba de ver en ella. Un día, en fin, despues de cuatro años de luchar con el hollín que tiznaba mi alma, enternecido, amansado, domesticado por aquella singular criatura (jera víspera de su santo! ¡15 de Julio!), me entregué á discrección, y la dije: ¡Cármén, llévame á tu confesor!

—¡Sublime, chico!

—¿Crees que se sorprendió? *Lo sabía*, me respondió sencillamente. Y con una sonrisa celestial, y bajando mas la voz: «¡Y lo esperaba, que no habian de mentir las promesas del Divino Corazon, á quien he consagrado nuestra familia.»

(De *La Cruz de la Victoria*.)

### NOTICIAS.

En las obras que están haciendo en la iglesia parroquial de San Nicolás de la Villa, en Córdoba, se han descubierto en uno de sus muros tres esculturas que, al parecer, representaban tres Apóstoles.

La prensa de aquella capital llama la atención de la comision provincial de Monumentos, para que visite el lugar del descubrimiento, y si es preciso gestione la suspension de las obras.

Leemos en la «Semaine Religieuse» de Paris: «Un hecho curioso acaba de verificarse en Saint Tropez. Una mujer divorciada, la señora D....., no ha podido hallar en toda la villa los dos testigos que exige la ley Naquet para que el Alcalde pueda pronunciar la separacion. En vano ha acudido al procurador de la República para que éste le proporcionara los testigos, aún obligándoles, si fuera necesario. Mas el señor procurador, republicano, le ha contestado que la ley no reconoce en él semejante poder. La obstinada mujer promete una buena recompensa á los infelices que correspondan á su llamamiento. Pero los habitantes de Saint Tropez se muestran recalcitrantes.

Les damos nuestras sinceras felicitaciones.

El desdichado apóstata ex-Padre Jacinto Loyson, dice la *Semaine* de Tolosa, acaba de recibir un atroz ultraje, mayor que las acostumbradas señales de desprecio. Habiendo ido á los baños Cautejets, quiso comer en la mesa redonda del hotel de Inglaterra donde se alojaba. Todas las personas cercanas á su sitio se salieron del comedor. Al fin de la comida, un caballero, en representacion de los demás huéspedes, manifestó al dueño del establecimiento que escogiera entre alojar á M. Loyson solo ó á todos los demás. El infeliz apóstata se alejó, devorando la afrenta.

Con motivo de la ocupacion de los puntos mas avanzados en el Tonkin, los periódicos extranjeros hacen notar que el único extranjero que habia llegado antes que los soldados franceses á Cao-Bang y Anchan fué un misionero español. Cao-Bang está próximo á la frontera chica y es la llave de un pais montañoso y de difícil acceso.

## Coleccion.

DE

**Sermones, homilias y panegíricos,**  
obra original

escrita

POR EL DR. D. ZACARIAS METOLA Y CUENDE, CANÓNIGO LECTORAL DE LA SANTA IGLESIA METROPOLITANA DE BURGOS.

Cuatro tomos: en rústica 13 pesetas, en pasta 16.

Los pedidos al autor, añadiendo una peseta 50 céntimos para franqueo y certificado.

Tambien se remiten por 14 misas. Los pedidos al autor.

BURGOS: Imp. CATÓLICA. Puerto del Rey, 13.